

Literatura Norteamericana

“La tormenta”

Kate Chopin

Escrito en 1898; publicado en 1969.

I

Las hojas estaban tan quietas que Bibi pensaba incluso que iba a llover. Bobinót, que tenía la costumbre de hablar en términos de absoluta igualdad con su hijo pequeño, hizo observar al niño unas nubes sombrías que avanzaban por el oeste con siniestras intenciones, acompañadas de un estruendo tenebroso y amenazador. Estaban en el almacén de Friedheimer y decidieron quedarse allí hasta que pasara la tormenta. Se sentaron dentro, sobre dos barriles vacíos. Bibi tenía cuatro años y aspecto de niño muy listo.

—Mamá se asustará —dijo pestañeando.

—Cerrará bien la casa, y tal vez pida a Sylvie que le ayude esta tarde —contestó Bobinót, tratando de tranquilizarle.

—No; no estará con Sylvie. Sylvie estuvo ayudándola ayer —canturreó Bibi.

Bobinót se levantó y, dirigiéndose al mostrador, compró una lata de gambas que tanto le gustaban a Calixta. Después volvió a encaramarse sobre el barril y se sentó sosteniendo impasible la lata de gambas mientras la tormenta estallaba haciendo temblar el almacén de madera. Parecía como si, allí a lo lejos, se abrieran surcos en los campos. Bibi apoyó la manita en la rodilla de su padre y se sintió seguro.

II

En casa, Calixta no sentía preocupación por su seguridad. Sentada a la máquina, junto a la ventana, cosía con furia. Estaba embebida y no se dio cuenta de la tormenta que se avecinaba. Pero sentía calor y, de vez en cuando, se detenía para secarse las gotas de sudor sobre la cara. Se soltó el cuello de la bata blanca. Empezaba a anochecer y, de repente, dándose cuenta de la situación, se levantó apresuradamente y comenzó a cerrar puertas y ventanas.

Había tendido fuera, en el pequeño porche delantero, la ropa de los domingos de Bobinót, y salió rápidamente a recogerla antes de que empezara a llover. Al salir, Alcée Laballière entraba a caballo por el portón. No le había visto muy a menudo desde que se casó y nunca a solas. Se quedó allí parada, con el abrigo de Bobinót en las manos, mientras empezaban a caer gotas. Alcée llevó el caballo al abrigo de un saliente lateral en el que se habían apiñado las gallinas, en un recodo donde se amontonaban los arados y una grada.

—¿Puedo pasar y esperar en el porche a que acabe la tormenta, Calixta? —preguntó.

—Pase, Monsieur Alcée.

La voz de Alcée y la suya propia la asustaron como si estuviera hipnotizada, y agarró el chaleco de Bobinót. Al subir al porche, Alcée atrapó los pantalones y se hizo con la chaqueta de ochos de Bibi que una ráfaga repentina de viento estaba a punto de llevarse; manifestó su intención de quedarse fuera, pero pronto fue obvio que era lo mismo que estar al aire libre: el agua golpeaba sobre las tablas hacia adentro en cortinas torrenciales, y Alcée entró cerrando tras él. Fue incluso necesario poner algo bajo la puerta para no dejar pasar el agua.

Literatura Norteamericana

—¡Dios mío qué manera de llover! Hace dos años que no llovía así —exclamó Calixta, mientras enrollaba un trozo de saco y Alcée le ayudaba a meterlo en la ranura.

Estaba un poco más llenita que cuando se casó, hacía ya cinco años; pero no había perdido ni pizca de vivacidad. Sus ojos azules conservaban aún la virtud de derretir; y su pelo rubio, despeinado por el viento y la lluvia, se ensortijaba, más obstinado que nunca, alrededor de la sien y las orejas.

La lluvia azotaba el tejado bajo la madera con una fuerza y un estruendo tales que amenazaba con abrir brecha y anegarlos. Estaban en el comedor, el cuarto de estar, la sala para todo.

Al lado estaba el dormitorio de Calixta, con la cuna de Bibi a su lado. La puerta permanecía abierta, y la habitación con su blanca cama enorme y las contraventanas cerradas parecía mortecina y misteriosa.

Alcée se tiró en una mecedora y Calixta empezó a recoger del suelo las piezas de una sábana de algodón que había estado cosiendo.

—Si sigue lloviendo así, *Dieu sait* si los diques aguantarán —exclamó ella.

—¿Y qué tienes tú que ver con los diques?

—¡Tengo mucho que ver! Y además Bobinót y Bibi están fuera. ¡Con esta tormenta! ¡Si por lo menos no se hubieran ido del almacén de Friedheimer!

—Esperemos, Calixta, que Bobinót tenga suficiente sentido común como para no salir en pleno ciclón.

Calixta se dirigió hacia la ventana y se quedó allí con una expresión de gran inquietud en el rostro. Secó el marco empañado de humedad; hacía un calor sofocante. Alcée se levantó y se reunió con ella junto a la ventana, mirando por encima de su hombro. El agua formaba una cortina que al caer oscurecía las cabanas distantes y envolvía el lejano bosque en una neblina gris. El relampagueo era incesante. Un rayo cayó en un gran cinamón lindante con las tierras de cultivo. Todo el espacio visible se iluminó con un resplandor cegador y el estampido pareció invadir el mismísimo cuarto en que estaban.

Calixta se tapó los ojos con las manos y retrocedió dando un grito. Alcée la rodeó con su brazo y, durante un momento, la atrajo convulsivamente hacia él.

—*Bontéel* —gritó, soltándose del brazo que la rodeaba y retirándose de la ventana—. ¡La casa será lo próximo! ¡Si por lo menos supiera donde está Bibi!

No se calmaba ni se sentaba. Alcée la cogió por los hombros y la miró a la cara. El contacto con el cálido cuerpo palpitante, cuando sin pensar la había atraído hacia él, despertó en él su viejo amor y el deseo de aquel cuerpo.

—Calixta —dijo—, no te asustes. No puede pasar nada. La casa es demasiado baja para que le caiga un rayo, habiendo tantísimos árboles alrededor. ¡Vamos! ¿Es qué no vas a tranquilizarte? Di, ¿no te vas a calmar?

Le retiró el pelo de la cara caliente y sudorosa. Calixta tenía los labios como granos de granada; su cuello blanco y la vista momentánea de su pecho firme y lleno, le agitaron profundamente. Al levantar la vista hacia él, el miedo en sus acuosos ojos azules había dado paso a un somnoliento fulgor que, sin querer, revelaba deseo sensual. Alcée la miró a los ojos y no le quedó más remedio que besar sus labios. Se acordó de *As-sumption*.

Literatura Norteamericana

—Calixta, ¿te acuerdas en Assumption? —le preguntó en voz baja, rota por la pasión. ¡Claro que se acordaba!, porque en Assumption él la había besado tantas veces que sus sentidos estuvieron a punto de abandonarle, y para salvarla recurrió a una huida desesperada. Si por aquel entonces Calixta no era una paloma inmaculada, aún era virgen; un ser apasionado cuya vulnerabilidad constituía una defensa que el honor de Alcée le impedía romper. Ahora, bueno, ahora, en cierto modo, sus labios, al igual que su blanco cuello redondo y sus pechos aún más blancos, parecían libres para saborearlos.

No prestaba atención a los estrepitosos torrentes; y el rugir de los elementos hacía reír a Calixta en los brazos de Alcée. Era como una revelación en aquel lóbrego y misterioso dormitorio; tan blanca como la colcha sobre la que estaba acostada. Su carne firme y elástica, cuyo poder conocía por primera vez, era un lirio cremoso al que el sol invita a colaborar con su perfume y aliento en la vida inagotable del universo.

La abundancia generosa de su pasión, sin estratagemas ni ardides, era como una llama blanca que penetraba y encontraba respuesta en las profundidades desconocidas de la naturaleza sensual de Alcée.

Cuando tocó sus pechos, se le entregaron en un éxtasis tembloroso, invitando a sus labios. Su boca era un manantial de delicias, y, cuando la poseyó, creyeron desvanecerse juntos en el mismísimo borde del misterio de la vida.

Alcée permaneció acolchado sobre ella, sin aliento, aturdido, debilitado, con su corazón latiendo sobre Calixta como un martillo. Con una mano, Calixta abrazaba la cabeza de Alcée, rozándole la frente con los labios; con la otra, masajeaba sus musculosos hombros.

El retumbar del trueno era lejano y se desvanecía. La lluvia golpeaba suavemente el tejado, invitándoles a la modorra y al sueño. Pero no se atrevieron a rendirse.

Había terminado de llover y el sol convertía el mundo verde y resplandeciente en un palacio de gemas. Calixta, en el porche, contemplaba como Alcée se alejaba cabalgando. Alcée se volvió y le sonrió con la cara radiante; ella alzó su hermosa barbilla al aire y se rió en voz alta.

III

Bobinót y Bibi, que llegaban a casa renqueando, se detuvieron fuera, junto a la cisterna, para adecentarse.

—¡Dios mío, Bibi! ¿Qué va a decir tu madre? Debería darte vergüenza. No tenías que haberte puesto esos pantalones nuevos. ¡Míralos! ¡Y ese barro en el cuello! ¿Cómo te has manchado de barro el cuello? ¡No he conocido un niño como tú!

Bibi era la imagen patética de la resignación, y Bobinót, la encarnación de la auténtica solicitud mientras trataba de eliminar de sí mismo y de su hijo las huellas de su deambular por caminos difíciles a través de campos húmedos. Rascó el barro de las piernas y los pies descalzos de Bibi con un palito y quitó con cuidado todos los restos de sus pesados zapatones. Después, se prepararon para lo peor: el encuentro con un ama de casa demasiado escrupulosa, y entraron silenciosamente por la puerta de atrás.

Calixta estaba preparando la cena. Había puesto la mesa y estaba colando café en la lumbre. Cuando entraron, se levantó.

—¡Ah, Bobinót! ¡Ya has vuelto! ¡Dios mío, estaba tan intranquila! ¿Dónde habéis estado mientras llovía? ¿Y Bibi? ¿No está mojado? ¿No le ha pasado nada malo?

Literatura Norteamericana

Abrazó a Bibi y le besó efusivamente. Las explicaciones y disculpas que Bobinót había venido preparando por el camino, murieron en sus labios, cuando Calixta le tocó para ver si estaba seco; su expresión no revelaba nada excepto satisfacción por tenerlos de vuelta sanos y salvos.

—Te he traído unas gambas, Calixta —le ofreció Bobinót, sacando la lata del amplio bolsillo del costado y depositándola sobre la mesa.

—¡Gambas! ¡Oh, Bobinót, eres maravilloso! —y le estampó un sonoro beso en la mejilla—. *J'vous répons*¹, ¡esta noche nos vamos a dar un banquete! ¡Ñam, ñam!

Bobinót y Bibi empezaron a tranquilizarse y a disfrutar, y cuando los tres se sentaron a la mesa se rieron tanto y tan alto que se les podía oír desde casa de Laballière.

IV

Aquella noche, Alcée Laballière escribió a su mujer una carta amorosa, llena de tierna solicitud. Le decía que no tuviera prisa por volver, y que si ella y los niños lo estaban pasando bien en Biloxi, podían quedarse un mes más. Él se las arreglaba bien, y aunque les echaba en falta, estaba dispuesto a soportar la separación durante un poco más, pues se daba cuenta de que su salud y bienestar eran lo primero a tener en cuenta.

V

A Clarissa le encantó recibir la carta de su marido. Ella y los niños lo estaban pasando bien. La compañía era agradable; muchos de sus viejos amigos y conocidos estaban en la bahía. Y el primer soplo de libertad desde su matrimonio parecía haberle devuelto la deliciosa independencia de sus tiempos de soltera. Dedicada a su marido como estaba, su vida conyugal íntima era algo a lo que estaba deseando renunciar durante una temporada.

La tormenta había pasado y todos eran felices.

¹ Te doy mi palabra. (*N. de la T.*)